

Nosotros llegamos primero



Irene Robles

NOSOTROS
LLEGAMOS PRIMERO

Nosotros llegamos primero



Irene Robles

Primera edición: octubre 2020

©Derechos de edición reservados.

Irene Robles Martínez

www.irenerobles-scifi.com

Relato

Ciencia ficción

Edición: Irene Robles Martínez

Diseño de portada: Elena Martínez García

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

¡Cariños! La comida está servida.

Así, en plural, convoca Manoli a través del intercomunicador a toda la tripulación a la hora de comer. Su hijo José Luis, el ingeniero biomecánico del equipo, llevaba toda la vida diciéndole a su madre que esa no era la forma adecuada de expresarse, pero ni siquiera él, que la había clonado a la perfección, había conseguido eliminar esos dejes. A pesar de esos pequeños detalles se enorgullecía de su trabajo, del clon tan purista que había conseguido. Manoli, por su parte, no quiere excluir a nadie. Tiempo atrás, en casa con José Luis y sus tres hermanos, no quería pecar de favoritismo o trato injusto hacia ninguno de ellos, por lo que siempre hablaba en plural y tanto si alguno de ellos se portaba bien como si hacía alguna trastada, todos recibían recompensa o castigo por igual. Aquí y ahora, a millones de kilómetros de casa, tanto sus errores como sus aciertos son solamente suyos, así que en ambos casos siempre ve el lado positivo, no comparte méritos ni descuidos. Manoli piensa que si dice “cariño” en singular, todo el mundo pensará que se refiere únicamente a su hijo.

Ella, que es cocinera de vocación y de profesión, disfruta viendo a todo el equipo reunido. Sin embargo, su tarea a bordo de la *Nosotros llegamos primero* ha cambiado con respecto a su yo original de la Tierra. Aquí todos los alimentos están liofilizados para ahorrar espacio y recursos, por lo que sus recetas y especialidades culinarias se han visto reducidas a echar agua y calentar.

Al cabo de un minuto están todos alrededor de la mesa: Anabel, la comandante; María Pilar, la piloto; Lorenzo, el ingeniero de carreras; Julián, el inspector de la Federación y el propio José Luis. El rato de la comida es sagrado para Manoli y así lo consideraban y respetaban los demás, ya no por la comida en sí, que suele carecer del sabor especial que diferencia los ingredientes, sino por la reunión y tertulia en la que todos dejan a un lado sus tareas y sus cargos de responsabilidad. Además a Manoli, que se pasa la mayor parte del día sola porque todos están ocupados con su trabajo, esos ratos la animan y le recuerdan a

las comidas en casa, ya que ahora cocina para el mismo número de personas. Los recuerdos, las vivencias, los sentimientos están intactos. Ella recuerda, vive y siente como si fuera humana.

—Manoli, la comida está exquisita, como siempre —dice Lorenzo. Es un hombre corpulento que engulle a toda velocidad la pasta, patatas, purés, carnes... Sea cual sea el menú no le dura en el plato más de tres minutos porque siempre está hambriento. A pesar de ser ingeniero de carreras presume de no haber hecho deporte nunca en su vida, pero es que para las carreras espaciales eso poco importaba.

—Gracias, majo —responde Manoli con una sonrisa. Después dirige la mirada a las dos mujeres del equipo—. Chicas, ponerse más cantidad, que no me coméis nada.

—Manoli, no te preocupes —pide Anabel—, ya sabes que soy de comer poco. Le puedes preguntar a Rumbo cuando quieras, estoy en los parámetros de mi peso ideal. ¿A que sí, Rumbo?

Rebobinemos un momento: al habla Rumbo116, soy la inteligencia artificial de la nave *Nosotros llegamos primero*. Viajamos en una carrera espacial entre la Tierra y Marte, tenemos un máximo de ocho meses para completar el recorrido y en esta ocasión competimos con otras doscientas cuatro naves. De ese total, catorce naves ni siquiera llegaron a despegar y según la última actualización del Control de Carrera, cuarenta y cinco han abandonado desde el inicio por problemas técnicos o de otra índole que no nos han especificado. Nosotros actualmente llevamos cinco meses, seis días y catorce horas de viaje y por el momento seguimos adelante sin incidentes. Nos llevan la delantera varios equipos. Salvo que sean ellos quienes tengan algún problema, nos va a ser imposible alcanzar a la *Namasté*, el equipo indio que está en cabeza, y a los otros tres que le pisan los talones: la *Kaláshnikov*, una de las naves rusas que hace que el resto de sus compatriotas parezca que viajan en balsas a pedales; la *Sawubona Isikhala*, del único equipo sudafricano, y la *Caipirinha*, de los brasileños, que son amigos nuestros a pesar de ser competidores en esta carrera —tengo que reconocer que he hecho buenas migas con Rumbo2816, la IA de los de Brasil. Hace unas semanas contactamos brevemente con ellos, ya que nos adelan-

taron como un Ferrari a una abuelita con el carro de la compra y solo nos dimos cuenta cuando los sensores lo indicaron y ellos ya estaban varios kilómetros por delante de nosotros. *Desculpe amigos, mas nós chegaremos a Marte primeiro*, escuchamos decir a Joao, el comandante de la *Caipirinha*, a través de la radio. Pude detectar gran alegría en su voz. La cuestión es que dejé un canal abierto, ya sabéis, para poder hablar con su Rumbo, con alguien que me entiende de verdad.

Tan solo hay dos normas en estas carreras: la primera es no molestar, agredir o interferir en la carrera de los demás. Para ello está la segunda norma: todos los equipos llevan a un inspector de la Federación para asegurar su cumplimiento, por eso nosotros tenemos a Julián, que no se presentó precisamente voluntario para este viaje, por lo que es bastante callado e interactúa lo justo con el equipo. No quiere entablar amistades, tan solo terminar cuanto antes para poder volver a su cubículo en la base de El Arenosillo, lugar desde el que despegamos.

Cualquiera puede participar con cualquier tipo de nave, de ahí que algunas no llegaran siquiera a despegar, muchas se quedaron por el camino y otras contaban con unas claras y superiores ventajas tecnológicas que hacían que la competición no estuviera igualada. Aun así la gente hacía cola en las respectivas áreas de inscripción de cada país para poder participar. José Luis, que era quien lo había ideado todo y había reunido al equipo, me consiguió en una subasta. Mi anterior dueño me ganó al quedar en el puesto ciento dieciséis en una edición anterior —no había comentado que el ganador de la carrera se lleva un millón de créditos, canjeables a todas las monedas terrícolas, por lo que al cambio, para algunos es una millonada y para otros simple calderilla, pero todo el que termina la carrera obtiene un premio, aunque sea un llavero con el logotipo de la Federación. José Luis, que no había ganado nada en su vida, consiguió ser el primero en inscribirse de toda España, por eso, cuando le dijeron que debía poner un nombre a su nave para validar la inscripción se quedó con el de *Nosotros llegamos primero*, queriendo además que fuera un buen augurio para la carrera.

Volviendo a donde nos habíamos quedado, llevo el control de las constantes vitales de toda la tripulación, sus niveles de radiación y también su peso, por eso Anabel me pregunta.

“Efectivamente, te mantienes en los parámetros antropométricos adecuados”.

—Muy bien, niña —dice Manoli.

—¿Y qué tal yo? —pregunta Lorenzo.

—Tú eres de hueso ancho —comenta María Pilar—. Eres el que menos masa ósea va a perder en este viaje.

“Lorenzo —empiezo a decir—, tal y como te dije el primer día, te recomiendo hacer ejercicios para fortalecer huesos y músculos”.

—Lo tendré en cuenta —miente mientras se levanta y pide disculpas a los compañeros para volver a su área de control.

Al cabo de un minuto recibo un aviso de proximidad que transmito a la tripulación.

“*La más rápida* nos adelantará en ocho minutos”.

—Creo que en esta carrera no es precisamente la más rápida —comenta María Pilar con sorna.

—Rumbo y Anabel —dice José Luis de repente, levantándose de la mesa y con un tono alterado en la voz— nos reunimos en mi cabina en diez minutos. Maripili, busca a Lorenzo y confirmad la ruta que llevamos y buscad alguna alternativa que pueda hacernos reducir distancia con las naves más cercanas. Julián, haz lo que te plazca.

Este último asiente sin decir palabra, hace un gesto amable a Manoli y desaparece por el cilindro principal que hace de pasillo y desemboca en otras estancias de la nave.

Cuando nos reunimos en la cabina de José Luis —bueno, yo únicamente me desplazo a través de las conexiones internas que unen todas las terminales de interacción de la nave y simplemente aparezco en su cabina en menos de un segundo. No salgo en una pantalla ni soy un holograma ni nada parecido, mi conciencia va de un punto a otro y mi voz se escucha a través de un altavoz junto a una pequeña pantalla que muestra

el ecualizador digital, se mantiene iluminada cuando estoy presente y se vuelve de color negro cuando me callo o no estoy ahí, yo nunca me apago—, no parece tan alterado como hace un momento en el comedor. —Rumbo, por favor, adecúa la temperatura e intensidad del aire acondicionado a mi temperatura corporal. Ahora mismo estoy sudando. “Muy bien, 23 grados centígrados. La mantendré durante los próximos quince minutos y después volveré a tomar cálculos automáticamente para reajustar parámetros” —explico y él me da las gracias.

Enseguida escuchamos tres golpes en la puerta de la cabina y esta se abre automáticamente para dar paso a a Anabel.

—Siento el retraso —dice. Según mis registros han pasado once minutos y veintitrés segundos desde que José Luis avisó de la reunión improvisada, pero a la comandante le encanta la perfección, la puntualidad y el dramatismo—. Estaba revisando mis mensajes, he recibido una notificación del Control de Carrera. Nos harán un escaneo rápido de control cuando alcancemos el Puerto de Monnah y a la vez Julián confirmará que todo sigue en orden aquí dentro.

—Bien, ¿cuánto tiempo tenemos hasta entonces?

—A la velocidad actual, unos quince días.

—¿Por qué avisan con tanto margen de tiempo?

—Supongo que se debe a que alguna de las naves que llevan más ventaja están mucho más cerca de ese punto que nosotros y la Federación lanza el mensaje a todas las que seguimos en la carrera. Para cuando lleguen los croatas puede que incluso ya tengamos ganador.

—Entiendo.

—¿Por qué nos has querido reunir con tanta urgencia?

—Necesitamos más brío, más ilusión —explica José Luis moviendo los brazos—. Nos adelantan naves cada dos por tres y nos quedamos mirando, como si nada.

—Es lo que pasa cuando lo que le interesa a la tripulación no es ganar la carrera, precisamente —comenta Anabel.

—Ya lo sé, pero tenemos a Julián a bordo, que ahí está, a la chita callando, pero seguro que nos tiene a todos fichados.

—Conocías las normas cuando te metiste en esto —le recuerda la

comandante— y aún así quisiste arriesgarte, como todos nosotros. Menos tu madre, que seguro que no sabe qué hace aquí, ¿verdad?

Volvamos atrás un momento y os pongo en situación. Como os he dicho, Manoli no es exactamente Manoli, es un clon que hizo su hijo a imagen y semejanza de su madre. De cara a la galería, especialmente al Control de Carrera y a Julián, ella forma parte de la tripulación robótica, —¿por qué no iba a poder?— porque su hijo quiso quedar como un perfecto inútil necesitado de la presencia de su madre hasta para lavarle los calzoncillos en el espacio. El clon está programado con su personalidad, sus sensibilidades, su experiencia de cocina y con otras tareas de interacción básicas y viaja y participa en la carrera como uno más. Sin embargo, la verdadera Manoli no se ha quedado en la Tierra, sino que se encuentra en la bodega de carga, en una cápsula de sueño recubierta de un aislante que evita que desde el Control de Carrera detecten sus constantes vitales con los frecuentes escaneos de vigilancia. Dos veces al día yo reviso que sigue durmiendo plácidamente. Y no es el único cuerpo que se oculta bajo los aislantes.

—Mi madre clon no tiene que saber nada más que cocinar y limpiar en esta nave. . .

—Vaya, qué comentario más apropiado.

—No me vengas ahora con eso de que soy un machista porque en realidad estoy hablando de una máquina. Y mi madre de verdad, como tú dices, también conocía las normas y aceptó el periodo de sueño para poder escapar, como queremos todos.

“Os recomiendo bajar el tono de voz para evitar que esta conversación pueda sobrepasar las finas paredes de la cabina”.

—Tienes razón —dice José Luis bajando la voz—. Entonces tenemos quince días hasta el Puerto de Monnah. . . ¿Cuál es el siguiente puerto de reconocimiento?

—El último antes de llegar a Marte es Puerto Arcadia, a unos dos meses de aquí. Y después la Estación final de Arabia Terra.

—Bien, la idea era hacer un desvío antes de Puerto Arcadia. . .

—Entonces has mandado a Maripili y a Lorenzo a hacer cálculos sin

sentido —comenta Anabel, y aunque le da cierto tono de interrogación, no se trata de una pregunta (a veces me cuesta pillar esos sutiles matices humanos).

—Sí, por supuesto. Para que parezca que hacen algo y no que ya está todo planeado.

“Recibo un mensaje de Joao, comandante de la *Caipirinha*. Traduzco: El Puerto de Monnah está más cerca, nos han avisado los portugueses. A dos días de nuestra posición, algo más para vosotros, lentos españoles”.

—Mierda —susurra José Luis. Se queda callado unos segundos ante la mirada expectante de Anabel y mi ecualizador que se ha quedado como un encefalograma plano después de dar el mensaje de los brasileños.

—Aquí la comandante soy yo, pero eres tú el que da las órdenes. ¿Cuál es el plan ahora?

—Un momento. . .

—No hay tiempo, si quieres que movilice al equipo tengo que saberlo ya. Tienes que poner en marcha el plan de fuga.

—Para no dar tú las órdenes se te da muy bien decirme lo que tengo que hacer.

“Parecéis un matrimonio” —me atrevo a decir para aliviar los ánimos. Es broma.

—Sí, ¿verdad? Y eso que ni siquiera nos hemos acostado.

“Pues como un matrimonio”.

—Qué graciosa la maquinita —comenta Anabel.

—Bien, ponemos en marcha el plan de fuga. Rumbo, ya sabes lo que tienes que hacer. Anabel, informa al equipo con aspavientos y aire de preocupación. Cuando pregunte Julián le decimos que no se preocupe, que está todo controlado.

—Perfecto, así se pondrá más nervioso.

—Exacto, queremos que se ponga nervioso, que no tenga tiempo de pararse a pensar en nada. Que mi madre le ponga un café.

Dicho esto, nos ponemos todos en marcha. El plan de fuga es realmente el plan principal de esta misión y la carrera a Marte no era más que una tapadera. Nuestro objetivo principal es Puertomarte y para

poder llegar hasta allí tenemos que despistar al Control de Carrera, para lo cual yo tengo un papel fundamental.

Dos horas después de que José Luis diera la orden, empiezo a hacer interferencias con las luces de la nave y a ratos dejo a oscuras algunas estancias, la cabina de Julián especialmente.

—Rumbo, ¿qué está pasando? —grita Anabel al aire desde el pasillo, interpretando su papel.

—Puede que estén fallando los sistemas —comenta María Pilar desde el puesto de mando—. Hemos incrementado la velocidad en las últimas horas, quizá eso esté disminuyendo la potencia de los sistemas de iluminación.

—¿Rumbo?

Tardo en contestar para que parezca que yo también estoy estropeándome.

—¿Rumbo, estás ahí?

“Sí... Los sistemas de iluminación están fallando. Detecto una sobrecarga de los motores y baterías principales. Los sistemas prescindibles sufrirán...” —me callo a propósito para crear más tensión.

Julián ha salido de su cabina y está visiblemente asustado.

—¿Qué está pasando? ¿Algo falla? ¿Podéis arreglarlo?

—Julián, no te preocupes —dice Anabel acercándose a él—. Lo tenemos todo controlado, si quieres ve a la cocina y que Manoli te prepare un té mientras lo solucionamos.

—Tendré que informar a Control... .

—No hace falta —le corta la comandante—. Como te digo, lo arreglaremos en unos minutos, estas cosas pasan en el espacio.

Anabel, que tiene fuertemente agarrado a Julián por los hombros, lo acompaña hasta la cocina. Al entrar levanta un brazo para apartar unas camisetas, monos y ropa interior que hay colgada de unas cuerdas que atraviesan la estancia de lado a lado.

—¡Manoli! ¿Qué es esto? ¿La lavandería?

—Lo siento, nena, pero se ha estropeado la secadora y no podía dejar

la ropa ahí metida.

—Ya... No te preocupes —dice la comandante bajando el tono de voz—, estamos teniendo algunos problemas técnicos. Prepárale un té a Julián, que está un poco alterado.

—¿Cómo que están fallando los sistemas? —Se oye gritar de repente a Lorenzo—. Me entretengo un poco en el baño y se va todo a la mierda. ¿No tenéis calor? ¿También se ha jodido el aire acondicionado?

Julián abre mucho los ojos y por su expresión parece preguntarse por qué narices no se quedaría en la oficina rellenando documentación.

—Manoli, el té —le recuerda la comandante mientras hace un gesto con la cabeza y deja al clon y al alterado inspector a solas.

Anabel, María Pilar, Lorenzo y José Luis se reúnen en el puesto de mando y se miran, esperando la señal.

—¡Fulminado! —anuncia Manoli desde el pasillo al cabo de unos segundos.

La tripulación respira aliviada ya que acaba de eliminar de la ecuación al elemento que más problemas podía dar a la hora de ejecutar el plan.

—Qué rápido —dice Lorenzo.

—¿Estabas entretenido en el baño? —le reprocha Anabel—. La próxima vez cínete al guión. Si improvisas el resto puede confundirse.

—Lo siento, la próxima vez que montemos un tinglado como este para fingir nuestras muertes y exiliarnos de nuestra patria lo tendré en cuenta.

Lorenzo se me ha adelantado. Ahora os iba a contar que, junto con la cápsula del sueño de la Manoli de verdad, hay otras cápsulas con clones que hizo José Luis de cada uno de los miembros de la tripulación, salvo de Julián, claro está, puesto que nadie sabía qué inspector nos iba a tocar hasta el mismo día del despegue y porque tampoco había ninguna intención de fingir la muerte de un pobre hombre que nada tenía que ver con esto.

Anabel le ha ordenado a Lorenzo que coja el cuerpo ahora inconsciente de Julián y lo lleve a una de las mininaves de evacuación. Antes de lanzarlo al espacio, en dirección al Puerto de Monnah, he enviado una señal de socorro que ya tenía preparada para alertar de lo sucedido al Control de Carrera e informar de que cada miembro de la tripulación saldrá de la nave en sendas mininaves en caso de ser necesario. Creerán que hemos perdido el control de la nave y debido a la sobrecarga de los sistemas hay riesgo de explosión inminente. Lorenzo, con la ayuda de José Luis, está subiendo de la bodega los clones, cuya temperatura de criogenización ya me había encargado de ir aumentando para que, en caso de una muy posible y póstuma investigación, no descubran que los cuerpos estaban misteriosamente congelados antes de la explosión. Mi amigo Rumbo2816, de la *Caipirinha*, ha informado a nuestro contacto en Puertomarte, que queda bastante lejos del rumbo original de la carrera, donde nos esperan y me asegura que ya tiene preparada la coartada y toda la documentación para la nueva identidad de la tripulación.

“Todo listo en Puertomarte” —informo—. “Mininaves de evacuación preparadas. Sistemas listos para colapsar en menos de doce horas”.

—Muy bien —dice José Luis—. ¡Equipo, ya sabéis lo que hay que hacer! Nos marchamos en una hora.

“Recibo un mensaje encriptado de Joao, comandante de la *Caipirinha*. Descripto y traduzco: Enhorabuena, españolitos, lo habéis conseguido. Los inspectores de carrera de Puerto de Monnah han enviado a un equipo de recuperación y están intentando reunir los fragmentos de vuestra nave, pero parece que va a ser una ardua tarea. Julián llegó en perfecto estado al puerto, aunque algo confuso. Su versión corrobora los hechos y la explicación que más fuerza tiene es que lo evacuasteis a él primero por seguridad y que después vosotros ya no tuvisteis tiempo para marcharos antes del colapso de los sistemas. José Luis, enhorabuena por los clones, ahora todos os dan por muertos. Esperamos que estéis bien y que podamos volver a contactar pronto”.

Puertomarte es un asteroide independiente, que no tiene que rendir cuentas a ningún país o planeta, por lo que suele ser utilizado para actividades consideradas ilícitas fuera de aquí, aunque eso no evita que seamos discretos. He transmitido mi mensaje de forma segura a través del móvil de José Luis, ya que mi antiguo dispositivo de contención desapareció con el resto de la nave. Por suerte, mi conciencia fue transferida sin incidentes. Anabel, María Pilar y Lorenzo han cambiado su apariencia para no levantar sospechas, ya que las noticias sobre la carrera entre Marte y la Tierra llegan incluso hasta Puertomarte y las fotos de la tripulación circulan por la prensa interestelar, y no volveremos a verlos hasta que cambie la situación. No tardarán en ser de interés público otro tipo de noticias y la desaparición de una nave más en la carrera no será importante cuando al fin haya un ganador. Ahora estamos en el sótano de un piso franco que nos ha proporcionado nuestro contacto y estoy descongelando la cápsula de sueño de la verdadera Manoli. José Luis está expectante, deseando comprobar si su madre está bien y si todo esto ha merecido la pena.

Cuando Manoli vuelve en sí se siente desconcertada, pero sus constantes son buenas.

—¿Mamá?

—Joselu... Te has dejado barba, estás muy guapo.

—¿Te encuentras bien? Llevas más de cinco meses durmiendo.

—Vaya siesta, ¿me das cinco minutos más? —pide ella sonriendo.

—Claro, tómate tu tiempo.

—¿Cómo están los demás?

—Todos están bien.

—¿Y mi clon?

—Cumplió su función.

—¿Has comido bien con ella? Llevas mucho tiempo en el espacio.

—Sí, ya sabes que era igual que tú.

—Al final no has ganado la carrera, con la ilusión que te hacía.

—Nunca quisimos ganar la carrera, mamá. Habría sido incompatible con este plan. Esto era lo que realmente queríamos, hemos sido los

primeros en conseguirlo. Ahora somos libres y vendrán más. Seguro que otros después de nosotros lo conseguirán.

—Elegiste un buen nombre para tu nave, cariño.

La autora

Irene Robles. Alicante, 1992. Ha escrito y autoeditado varias obras: *Último tren a la Tierra* (2014), *La noche perpetua* (2015) y *Piel metálica* (2017), novelas de género sci-fi. *Verde, el mal tiene muchas formas* (2018) es su primer relato de terror y fantasía paranormal disponible en digital. También ha publicado *La tierra prometida* (2019), un relato postapocalíptico con ilustraciones.

Fue seleccionada para la antología de relatos de ciencia ficción *Alucinadas III* en 2017 con el cuento *Realidad 10.4.2*, y para la publicación *Visiones2019* de la AEFCT con el relato *La paradoja de Lightmoon*.

Sus historias plantean posibles futuros, realidades alternativas, crean mundos y entornos espaciales con avances técnicos y destacan la interacción de humanos con otras formas de vida, por eso la llaman La chica del espacio. Es miembro de la Asociación Pórtico y de la Asociación Literaria y Cultural Escritores en su Tinta.

Contacto: www.irenerobles-scifi.com